

# Didáctica

## «Amicus plato, sed magis amica veritas»

(Notas sobre el conflicto amistad-verdad)

Joaquín M.<sup>a</sup> Carretero

La filosofía es «amor a la verdad». Y este amor puede entrar en conflicto en ocasiones con el que se debe a los amigos. ¿Cuál es la relación entre verdad y amistad y quién debe tener prioridad? Este breve trabajo hace un pequeño recorrido histórico sobre la cuestión, y nos ofrece algunos textos que pueden servir para estimular un diálogo didáctico con quienes se acercan por vez primera al estudio de la filosofía.

### 1. La fórmula y su sentido

Conocidísima la fórmula, su origen exacto no es tan conocido, a lo que creo. Rastreando por enciclopedias y vocabularios fraseológicos es posible atinar algo. Así, la Enciclopedia ESPASA<sup>1</sup> nos dice que es un «texto de Horacio alusivo a Aristóteles». Pero en Horacio no he podido encontrarlo. *El Diccionario ilustrado de frases célebres y citas literarias* de Vicente Vega, en su quinta tirada<sup>2</sup>, sigue a ESPASA añadiendo un leve matiz: «Texto de Horacio alusivo a un proverbio de Aristóteles». La *Nueva Enciclopedia Larousse*<sup>3</sup>: «traducción de una frase de Aristóteles (*Ética a Nicómaco*, I, 4) que significa Platón es mi amigo, pero más lo es la verdad». Y Víctor-José Herrero Llorente, en su magnífico *Diccionario de Expresiones y Frases Latinas*<sup>4</sup> dice que es una «sentencia tomada de la *Vida de Aristóteles* por Ammonio Saccas, que la aplica a Sócrates».

<sup>1</sup> 5, 169.

<sup>2</sup> Editorial Gustavo Gili, S.A., Barcelona, 1955<sup>2</sup>, p. 773 (sigue a ESPASA).

<sup>3</sup> 1, 420.

<sup>4</sup> Edit. Gredos. Madrid, 1980, p. 33, n. 302.

Pero ya hace años que Giuseppe Fumagalli, en su obra *Cbi l'ha detto*,<sup>5</sup> recogió cuanto puede saberse sobre el origen de la expresión y su formulación conocida. «La fuente hay que buscarla en el mismo Platón, quien en el diálogo *Fedón* (cap. XL, §91) hace hablar así a Sócrates: "... Vosotros, por vuestra parte, si me hacéis caso, *habéis de preocuparos de Sócrates poco; de la verdad, mucho más*; si os parece que digo la verdad, reconocedlo; si no, oponeos con toda clase de argumentos". La forma sentenciosa de esta frase fue propuesta por Ammonio, quien en la *Vida de Aristóteles* (edición Westermann, p. 399) escribió: "philos men Sokrátēs, allà philtéra he aletheia", por lo que Roger Bacon en su *Opus maius* citó: *Amicus Socrates, sed magis amica veritas*. La sustitución de Sócrates por Platón pudo haber tenido su origen en un equívoco de Cervantes, que en *Don Quijote* (II, cap. 8) citó la misma sentencia con esa errata. Hay que advertir también que ya Martín Lutero en el tratado *De servo arbitrio* decía: *Amicus Plato, amicus Socrates, sed prae honoranda veritas*».

La sentencia viene a decirnos que «no basta que una opinión vaya refrendada por una autoridad respetable, es preciso, además, que esté conforme con la verdad»<sup>6</sup>. O como indica la *Nueva Enciclopedia Larousse*: «con esta sentencia se indica que aunque un aserto se apoye en la autoridad de un hombre respetable, no se puede aceptar si no está de acuerdo con la verdad»<sup>7</sup>.

Pero podemos resumir diciendo que en la sentencia está planteado y resuelto lo que podríamos llamar *conflicto entre la verdad y la amistad*, entre la verdad y otro compromiso, y aun más ampliamente, el conflicto que en la *Historia de la Filosofía* pudiera incluso perfilarse en términos nietzscheanos como el conflicto entre *Razón y vida*. Aunque la sentencia lo ha resuelto, es claro, en favor de la *razón*, es decir, en una dimensión intelectual, racionalista, si podemos hablar así.

## 2. La sentencia en Platón y Aristóteles

El origen aristotélico nos llevaba, como indicaba Larousse, a la *Ética a Nicómaco*. En el libro I, cap. 3.º, no el 4.º, tratando sobre el concepto del *bien*, Aristóteles trata de justificarse al tener que hacer una crítica al concepto del *bien* establecido por su maestro Platón en su *teoría de las ideas*:

«No quiero, sin embargo, disimular que una indagación de este género puede ser para nosotros bastante delicada, habiendo sido el *Sistema de las Ideas* presentado por personas que nos son muy queridas.

<sup>5</sup> *Cbi l'ha detto?* Tesoro di citazioni italiane e straniere, di origine letteraria e storica, ordinate e annotate da Giuseppe FUMAGALLI. Ottava edizione... Ulrico Hoepli. Milano, 1934, pp. 487-488 (n.º 1.614). (No he podido comprobar la referencia que hace a CERVANTES: *Don Quijote*, II, 8, que no encuentro en dos ediciones consultadas).

<sup>6</sup> Víctor-José HERRERO LORENTE: *o.c.* en nota 4. *Ibidem*.

<sup>7</sup> L. c. -

Pero debe parecer bien y mirarse como un verdadero deber de nuestra parte el que, en obsequio de la verdad, hagamos la crítica de nuestras propias opiniones, sobre todo cuando nos preciamos de ser filósofos; y así, *entre la amistad y la verdad, que ambas nos son caras, es una obligación sagrada dar la preferencia a la verdad*»<sup>8</sup>.

Se trata, pues, de la actitud del filósofo auténtico, que debe mantener una sana *independencia mental* al hacer la crítica de las ideas ajenas, sin que el hecho o efecto de la amistad interfiera o dirija el sentido objetivo de una crítica. Y, sin duda, aparece ya en estas palabras de Aristóteles la dimensión intelectualista (racionalista) en la dimensión del conflicto, según apuntaba hace poco.

Pero, en esta línea de su intelectualismo, Aristóteles no hacía más que seguir a su maestro Platón, quien a su vez era deudor de Sócrates.

Era Platón quien en su *República* se había planteado la hipótesis del conflicto entre *verdad y amistad*. En el libro X de la obra, al exponer la necesidad de una censura de los poetas, que con sus fantasías podían corromper más que formar dignamente a la juventud, y, por consiguiente, la necesidad de impedir su entrada en el Estado ideal, pone en boca de Sócrates estas palabras respondiendo a su interlocutor Glaucón:

«GLAUCÓN: ¿Qué es lo que te obliga a hablar de esta manera?

SÓCRATES: Voy a decírtelo, si bien mi lengua se ve contenida por cierta delicadeza y cierto respeto que desde mi juventud he tenido a Homero, porque éste es el maestro y el jefe de todos estos bellos poetas trágicos; pero como *los miramientos debidos a un hombre son siempre menores que los que deben tenerse a la verdad*, es preciso que yo hable»<sup>9</sup>.

No se le pasa a Sócrates (Platón) que puede haber razones serias para no desechar la poesía de un Estado civilizado. Si así fuera —dice— nosotros la recibiríamos con los brazos abiertos; porque no podemos ocultarnos a nosotros mismos la fuerza y la dureza de sus encantos. Pero aun entonces —termina Sócrates decisivamente— «en ningún caso es permitido hacer traición a la verdad»<sup>10</sup>.

No obstante, habría que dar a los poetas oportunidad para defenderse y demostrar que la poesía es útil y agradable a los Estados y a los particulares:

«Desearíamos que nos pudiera parecer *muy buena y muy amiga de la verdad*; pero mientras ella no tenga *razones sólidas* que alegar en su defensa, la escucharemos precaviéndonos contra sus encantos por las ra-

<sup>8</sup> (Tomo la versión corriente de la obra *Moral a Nicómaco*, traducción de Patricio de AZCÁRATE. Editorial Espasa-Calpe, Colecc. Austral, n.º 318, 6.ª ed., Madrid, 1972, p. 38.

<sup>9</sup> PLATÓN: *La República o el Estado*, versión de la Colecc. Austral de Espasa-Calpe, 15.ª ed. Madrid 1982, pp. 277-278.

<sup>10</sup> *Ibidem*, p. 290.

ziones que acabo de exponer»<sup>11</sup>. Entretanto, «viviremos persuadidos de que no se debe mirar esta especie de poesía como *una cosa seria ni que afecta a la verdad*»<sup>12</sup>.

### 3. San Agustín

La obsesión de la verdad constituye, como bien sabemos, la dimensión más profunda de la filosofía y la vida de San Agustín. Y así, esa *verdad*, primeramente filosófica, luego, filosófica y teológica —Dios mismo—, es el punto fundamental del pensamiento agustiniano.

No he visto la fórmula en San Agustín; pero sí su contenido y planteamiento. Comentando una palabra de la *Carta de San Pablo a los Gálatas* (1, 8) («Aunque nosotros o un ángel del cielo os evangelizare otra cosa distinta de lo que os hemos evangelizado, sea anatema»), dice San Agustín:

«La verdad ha de amarse por sí misma, no por el hombre o el ángel que la anuncia. Pues el que la ama por razón de los que la anuncian, puede también amar la mentira, si ellos la prefieren»<sup>13</sup>.

Quien así procediera no tendría la verdad por árbitro y guía de su vida y su conducta. La verdad, sin duda alguna, es algo más objetivo, está más allá de la realidad de los hombres particulares que la predicán, y el amor a la verdad debe manifestarse en esa *independencia de la autoridad* que la prefiera, como indiqué antes.

Pero San Agustín atisba una posibilidad en que el conflicto *amistad-verdad* quedaría superado. Un poco más adelante, comentando el v. 10 de ese mismo capítulo de la *Carta a los Gálatas* («Si yo agradare a los hombres, no sería siervo de Cristo»), añade:

«Una cosa es complacer a los hombres y otra complacer al mismo tiempo a Dios y a los hombres. Digo más: *quien complace a los hombres por razón de la verdad, no complace a los hombres sino a la verdad*»<sup>14</sup>.

Una afirmación ésta que está, a mi parecer, en el fondo humano de la actitud que apuntará en nuestro tiempo Laín Entralgo.

Es interesante, finalmente, desde la comprensión humana que profesa San Agustín, lo que nos dice en otro lugar: «Nunca creo que se puede errar con más

<sup>11</sup> *Ibidem*.

<sup>12</sup> *Ibidem*.

<sup>13</sup> *Expositio Epistulae ad Galatas*, n.º 4. En *Obras de San Agustín*, B.A.C., t. XVIII, Madrid, 1959, p. 109.

<sup>14</sup> *Ibidem*, p. 110.

tranquilidad que cuando se yerra con amor extremado a la verdad y con expresa repulsa de todo lo falso»<sup>15</sup>.

#### 4. San Gregorio Magno y San Bernardo

Coloco juntos a estas dos grandes figuras del pensamiento cristiano porque, como vamos a ver, en ellos la verdad aparece con el relieve totalmente definido de la Verdad divina y porque el conflicto se plantea en la línea de las consecuencias que la afirmación de la verdad puede acarrear. Una sentencia de San Gregorio, que corrió luego por los aires medievales y recogió también San Bernardo, propugnaba la solución del conflicto tajantemente siempre a favor de la verdad, fueran cuales fueran los daños que de esta adhesión incondicional a la verdad se siguieran.

En un pasaje de su *Comentario al Profeta Ezequiel* (cap. 7), hace San Gregorio una digresión ocasional a un texto del Evangelio de San Mateo (15,11) sobre la dracma en la boca del pez y el tributo que tenía que pagar Jesús. Dice Jesús a Pedro: «Para que no los escandalicemos —si no pagamos—, ve al mar y tira el anzuelo...». Y explica San Gregorio:

«De lo cual nosotros hemos de deducir que debemos evitar el escándalo de los prójimos en cuanto podemos hacerlo sin pecado; *mas si de la verdad se toma motivo de escándalo, más provechoso es que nazca el escándalo antes que dejar la verdad*»<sup>16</sup>.

El valor de la verdad, de la verdad divina, ha de quedar siempre a salvo, aunque algunos mal dipuestos encuentran en la verdad una razón para escandalizarse.

Siglos más adelante, San Bernardo ha recogido la célebre frase gregoriana en su *Apología a Guillermo*, Abad de Saint Thierry (cap. VII, n. 15), cuando tuvo que reprender algunos defectos de los monjes: «Así —terminaba— les opondré esta sentencia de San Gregorio: "Vale más ver el escándalo que abandonar la verdad"»<sup>17</sup>.

Y en la *Carta 78, dirigida a Suger*, Abad de San Dionisio, aborda de nuevo el conflicto entre verdad y amistad, desde este punto de vista del posible escándalo.

«Me asalta el temor de que os déis algo por ofendido al ver que re-

<sup>15</sup> *De mendacio*, I, 1, 1. En *Obras de San Agustín*, B.A.C., t. XII (Tratados Morales), Madrid, 1954, p. 531.

<sup>16</sup> *Homilias sobre Ezequiel*, lib. I, Homilía 7, n.º 4. En *Obras de San Gregorio Magno*, B.A.C., Madrid, 1958, p. 298. (La expresión latina difundida dice: *Melius est ut scandalum patiatur quam ut veritas deseratur*).

<sup>17</sup> *Obras Completas de San Bernardo*, B.A.C., II (Madrid, 1955), p. 839.

prendo a un hombre que, según dicen, está ligado con vos desde hace mucho tiempo con lazos de íntima amistad. Pero *no quisiera tenerte amigo contra la verdad*. Y si persistís, mostraos verdadero amigo con él y haced que pronto se reconcilie con la verdad, por cuanto *no pueden llamarse verdaderas las amistades cuando no están consolidadas con el vínculo de la verdad*»<sup>18</sup>.

Y unos párrafos antes había hecho alusión también a San Gregorio y a su fórmula, con ocasión parecida de tener que hacer una represión:

«No ignoro que *algunas veces diciendo la verdad se pierden las amistades, pues la verdad suele engendrar odios*. Mas oigo que la misma verdad nos anima a perder el miedo a ese odio que engendra, diciéndome: *Es forzoso que haya escándalos*. Lo que sigue a estas palabras: *¡Ay de aquel por quien viene el escándalo!* no creo rece conmigo; porque cuando viene el escándalo del hecho de reprender los vicios, la causa de ese escándalo es quien ha obrado de manera que mereció ser reprendido, no el que se vio precisado a reprenderle. Pero, en fin, no soy más prudente en mis palabras ni más circunspecto en mi sentir que aquel que decía: *“Es preferible muchas veces que se dé el escándalo por decir la verdad que dejar la verdad”* (Gregorio Magno, *Homil 7 in Ezechie*)»<sup>19</sup>.

### 5. Don Miguel de Unamuno

Una reformulación del conflicto la ofrece el español Unamuno, tan conflictivo él siempre. En el *Museo de Unamuno* de Salamanca, junto a la fachada plateada de la Universidad, hay una lápida con esta inscripción: *Mi divisa es: Primero la verdad que la paz*.

Sin duda es —puede ser— la divisa de su espíritu paradójico, y sobre todo, de su lucha interior por encontrar la línea de la verdad convincente sobre la inmortalidad, que le hubiera traído la paz interior que tanto necesitaba su espíritu de incansable luchador. O, tal vez, no tuvo paz suficiente para que la plenitud de verdad lo poseyera a él y lo pacificara.

### 6. La hipótesis desconcertante de Dostoiewski

Junto al paradójico Unamuno, el inquieto Dostoiewski. Porque el insignie novelista ruso nos da un ejemplo de paradoja singularísima, donde esta lí-

<sup>18</sup> *Obras Selectas de San Bernardo*, B.A.C., Madrid, 1947, p. 95.

<sup>19</sup> *Ibidem*, pp. 92-93.

nea de consistencia en el amor y adhesión a la verdad parece quebrarse a pedazos.

Su expresión la encuentro en una carta a Mrs. N. D. Fonvizirt, de primeros de marzo de 1854, y dice así: «Si yo supiera que Cristo no es la verdad, preferiría estar con Cristo a estar con la verdad»<sup>20</sup>.

La afirmación es desconcertante. La verdad ha sucumbido. Lógicamente —expresamente, según Dostoiewski— ha sucumbido ante la mentira, la falsedad, la no-verdad, que en esa hipótesis de conflicto paradójico estaría representada por Cristo.

No cabe aquí —no tendría cabida— aquella expresión benévola de San Agustín, a la que aludimos más arriba, de la posibilidad del error por un amor exagerado a la verdad. No es ese el caso de esta hipótesis inaudita. Más bien hay que entender, en el espíritu exaltado de Dostoiewski, la fascinación que Cristo ha producido en su vivencia humana oriental; una fascinación de tal arrebato que frente a la línea racionalista del pensamiento occidental no hay elección posible más que optar por la realidad personal del Dios-Hombre *Jesucristo*. Sólo desde este elevado nivel de comprensión, captamos la sustancia de esa paradoja imposible.

### 7. Pedro Laín Entralgo o la negación del conflicto

Tras estas duras contraposiciones, cuyas aristas nos hieren en lo profundo de nuestra humanidad, y por las que se nos cuele un aire frío de racionalismo gnoseológico, de encumbramiento casi «idolátrico» de la verdad racional, las palabras de nuestro eminente humanista Laín Entralgo son reconfortantes por lo que tienen de humanidad cordial.

Se hizo eco de ellas Dámaso Santos en un interesante libro, hace ya algunos años<sup>21</sup>. Recojo sus certeras palabras:

«Pedro Laín corrige la olímpica consigna por esta otra: *Amica veritas, sed etiam amicus Plato*. Es una forma intelectual de la caridad, pero también la más antigua y comprobada manera de penetrar en el prójimo. No hay crítica verdadera sin una inicial simpatía, sin una estimación de proximidad, sin un destello de afecto. Hasta en la polémica

<sup>20</sup> En la edición inglesa de sus cartas: *Letters* (New York, 1923; London, 1930), pp. 70-71. R. CANSINOS ASSENS, en su versión de las *Obras Completas de Dostoiewski* (Aguilar, Madrid, 1961) incluye en el tomo III, p. 1626, entre los *Pensamientos anotados*, el siguiente, que coincide sustancialmente con lo que digo en el texto: «Ofrecer la otra mejilla, amar al prójimo más que a sí mismo, no porque sea ventajoso, sino porque así nos place, de un modo rayano en sentimiento ardiente, en pasión. Cristo se equivocó... Está probado. Pero ese ardiente sentimiento dice: "Prefiero quedarme en mi error con Cristo a unirme a vosotros"».

<sup>21</sup> DÁMASO SANTOS: *Generaciones juntas*. Editorial Bullón, S.L., Madrid, 1962, pp. 174-178: «Pedro Laín y la amistad».

## «Amicus plato»

más dura —reciente la sostenida por él, Marías y Aranguren con el P. Ramírez sobre Ortega— pone Laín, aduciendo cuanto le acerca, un gesto de amistad y comprensión, una apelación radicalmente humana y cristiana de ocupación, de idioma, de aficiones, etcétera»<sup>22</sup>.

He logrado recoger —*con la ayuda de la amistad*— dos textos claves de Laín, donde él mismo nos explica su actitud.

El contexto lo constituyen los difíciles años y circunstancias de la década 40-50 en España, cuando aún no habíamos alcanzado el grado de madurez convivencial y comprensiva frente a las posturas intelectuales divergentes. A Laín le cogió (no diré le *sorprendió*) en medio. Empezaba a estar de vueltas de anteriores actitudes totalitarias e intransigentes un tanto compartidas. Amigos entrañables aparecían alineados en posturas y pensamientos diametralmente opuestos (al menos en algunos casos) a su condición de intelectual católico nunca desmentida. Por la derecha y por la izquierda encontró opositores. El conflicto entre *amistad y verdad* estaba servido, como dice el tópico habitual. ¿Cómo lo resolvió Laín?

Como buen intelectual español, «cogió el toro por los cuernos». Y aquí los dos cuernos eran grandes y puntiagudos: *la amistad y la verdad*, Platón y la verdad. En su libro reciente *Descargo de conciencia*<sup>23</sup> nos propone su postura anti-conflictiva, de concordancia. Aludiendo a su libro de miscelánea *Vestigios* (1948) dice estas importantes palabras:

«Hay testimonios impresos de cómo en mi alma se han entrelazado y fundido *mi vocación de español y mi vocación de amigo. Amica veritas, sed etiam amicus Plato*. Sin vivir españolamente en España y sin mostrarse amigo de los españoles que en cada momento haya considerado buenos o mejores, aunque con error, a veces, yo no sentiría ser enteramente yo»<sup>24</sup>.

Pero unas páginas antes nos ha dado el Profesor Laín la explicación exacta de su pensamiento:

«Dicen que dijo Aristóteles, en griego, por supuesto, *Amicus Plato, sed magis amica veritas*. ¡Bravo! Pero frente a la leve y cortés agresividad latente en esas palabras, yo me he propuesto y he propuesto a los demás una norma de comportamiento matizadamente distinta de la aristotélica: *Amica veritas, sed etiam amicus Plato*. Si Platón u otro cualquiera no son bellacos y son amigos míos, ¿por qué algo que sea o me parezca ser un error suyo ha de hacer vidriosa nuestra mutua amistad?

<sup>22</sup> *Ibidem*, p. 177.

<sup>23</sup> En Alianza Editoria, Madrid, 1989. (Hay edición anterior de Seix Barral, Barcelona, 1976).

<sup>24</sup> *Ibidem*, p. 355.



Máxima que encierra toda una doctrina acerca de la relación social con el discrepante, sea yo mismo, sea el otro o seamos los dos quienes con el error propio hayamos dado lugar a la discrepancia de que se trate. ¿Sería posible la convivencia civil, si el trato con un Platón equivocado exigiera echarle en cara las posibles o reales equivocaciones en que hubiera incurrido?»<sup>25</sup>.

El punto de vista de Laín es indudablemente humano y pragmático al mismo tiempo. Y son suficientes las lecciones de la historia de los últimos tiempos para quienes han sido en ella espectadores o partícipes de alguna manera, para entender la necesidad de esta equilibrada postura humana, siempre en el hilo delgado de la traición a la amistad o a la verdad, a la razón o al corazón. Situación difícil que llevará siempre al hombre sincero a vivir en su interior el noble conflicto y provocará constantemente al hombre inauténtico a zanjarlo de cualquier modo, con mengua de la verdad o de la amistad o de ambas cosas a la vez.

---

<sup>25</sup> *o.c.*, p. 305.